

IPARRALDE BAJO LA OCUPACIÓN NAZI (1940-1944)

El País Vasco continental no fue escenario ni de grandes batallas, ni de hechos bélicos llamativos —si exceptuamos el lamentable bombardeo aliado de Biarritz— o actos de Resistencia especialmente memorables. La guerra, en su aspecto más sangriento, pasó de largo por el País Vasco ya que éste fue ocupado sin combates por las tropas nazis en aplicación de las cláusulas del armisticio germano-francés del 22 de junio de 1940.

Por otra parte, tras los desembarcos aliados en Normandía y en Provenza en 1944, los nazis se replegaron hacia el Norte, en aplicación del plan estratégico de retirada que les impidiese ser copados por las fuerzas liberadoras, abandonando por ello el País Vasco en agosto de 1944. Quizás sea esto la causa de la escasísima bibliografía sobre el período de la ocupación nazi en el País Vasco continental y, más concretamente, sobre la Resistencia al invasor, hasta tal punto que da la impresión que tanto ésta como aquélla, carecieron de relevancia suficiente, haciendo imposible o innecesaria, su historia. Sin embargo, las cosas no sucedieron así. Simplemente ocurre que el País Vasco tuvo en este aspecto su originalidad propia dictada por las “leyes” de la geopolítica. Su ubicación estratégica, constituyendo frontera con un país teóricamente neutral —o para ser más exactos “no beligerante”— hizo de él un lugar de paso obligado para fugitivos, resistentes, redes de información y militares aliados escapados de las garras nazis, en su marcha para reintegrarse al campo aliado. Es quizás este hecho el que no ha sido suficientemente resaltado. Por otro lado, la complejidad de las situaciones creadas por el conflicto bélico, hizo del País Vasco continental una zona estratégica, por lo menos a nivel teórico, en los planes elaborados por los nazis para la ocupación de Gibraltar, atravesando la Península Ibérica, —el Plan “Félix”— o en otros planes de carácter similar, como el Plan “Isabelle” o, con carácter defensivo, los Planes “Ilona” y “Gisela” cuya finalidad será, en estos dos últimos casos, ocupar algunos puertos españoles, para imposibilitar un desembarco aliado en la Península Ibérica. Los nazis nunca abandonaron la posibilidad de un desembarco aliado en la Península Ibérica o en el Golfo de Gascogne, y no sin razón, ya que en un momento determinado Churchill intentó convencer a Roosevelt para que el segundo desembarco aliado se realizase aquí y no en la costa mediterránea francesa que es donde tuvo lugar, como es sabido. Hay, además, otras razones que refuerzan este interés estratégico. Los puertos de Bayona y de Saint-Jean-

de-Luz eran, a pesar de sus limitaciones para los buques de gran tonelaje, lugares seguros y fácilmente defendibles. En sus proximidades, el aeródromo de Parma no carece, ciertamente, de interés militar. Bayona y su región presentan centros económicos a tener en cuenta: Altos Hornos y fábrica de productos químicos en Boucau; un polvorín y una fábrica de pistolas en Blancpignon (orilla izquierda del Adour) y construcciones aeronáuticas en Anglet. El comercio con España —con destino a la Alemania nazi— es muy activo por la frontera y por los puertos. Como ejemplo, basta citar las treinta mil toneladas de mineral de hierro que, procedentes de Bilbao, llegan mensualmente al puerto de Bayona, en el primer trimestre de 1941.

Habría más que decir, penetrando en el terreno político, ya que Euskadi no carecía tampoco de interés para los aliados en el caso de ser necesaria la sustitución de Franco por otro régimen mas acorde con sus intereses y, en lo que se refiere concretamente al País Vasco continental, hay suficientes indicios como para suponer que el mismo interés podrían demostrar los nazis en su búsqueda de bases políticas que sirviesen para trazar posibles líneas de actuación que, en un momento dado, favoreciesen la desestabilización del *Etat français* una vez concluida la guerra. La complejidad de este planteamiento —véase el caso de Bretaña— y la escasez de datos, aconsejan dejar de lado, por el momento, este interesante tema ya que nuestro solo objeto, en estas breves líneas, es dar noticia de la publicación de tres libros que hacen relación al tema enunciado en un principio.

En primer lugar, haremos referencia al más antiguo de ellos aparecido en 1985: *Cambo sous l'occupation allemande. 1940-1944*, de Dominique Halty, que puede enmarcarse en el capítulo de publicaciones de los eruditos locales tan abundantes en el País Vasco, aunque rara vez —es necesario subrayarlo— su interés se centre en la época contemporánea. El autor, que ha vivido los años de la ocupación en este pueblo vasco, donde trabajó en su Ayuntamiento, lugar privilegiado para observar el entorno local en su relación con las fuerzas de ocupación, basa su trabajo no sólo en sus recuerdos personales y en numerosas entrevistas, sino también en la prensa de la época y en los Archivos municipales y departamentales. El resultado es un interesante trabajo de historia local que, aunque no escrito por un profesional, traza un cuadro sugestivo de lo que supuso la dominación nazi en un pueblo vasco fronterizo e inserto, desde un principio, en la zona ocupada, ya que, como es sabido, la línea de demarcación dividió —hasta 1942— al País Vasco continental en dos zonas: la *zona ocupada* y la llamada *zona libre*.

Esta línea, cuidadosamente vigilada por los nazis, partiendo de Saint-Jean-Pied-de-Port, subía hasta Saint-Palais para salir a Salies de Béarn. A esta división hay que añadir la declaración de la costa vasca como *zona prohibida* y, a finales de 1942, la creación de una *zona pirenaica reservada*, de una profundidad de 15 km. a partir de la muga, que impedía el acceso a quienes no demostrasen habitar aquellos lugares. En este contexto se pasa revista a los diferentes aspectos de la vida local y las repercusiones de la presencia alemana en la zona. La oleada de refugiados que invaden este pequeño pueblo preceden a las tropas alemanas que llegan allí el 28 de junio de 1940, instalándose, a partir de entonces, la *Kommandantur* nazi. Durante 4 años, Cambo verá desfilar por sus calles gran número de soldados, pertenecientes a diferentes unidades ya que en lugar de mantener una guarnición permanente, los nazis

agrupan allí a la tropa que se encuentra retirada del frente para descansar tras los combates o a fuerzas de la Wehrmacht en período de reorganización. La escasez de alimentos, el agravamiento de las condiciones de vida, el racionamiento, y su consecuencia lógica, el mercado negro, a lo que cabría añadir todo tipo de requisiciones, desde los productos y elementos más necesarios para la vida diaria, hasta la de mano de obra para ser enviada a Alemania o a trabajar en las fortificaciones de la costa —el STO y la Organización Todt— forman parte de la realidad cotidiana de Cambo que viene completada por unos trazos dedicados a la vida social, donde se describen algunas de las personalidades colaboracionistas más relevantes, al igual que los vecinos comprometidos, de una manera u otra, con la Resistencia. Como telón de fondo, queda siempre la frontera hacia la que convergen todo tipo de actividades clandestinas, desde el vulgar contrabando hasta el más peligroso y perseguido oficio de *passieur* de personas o de información, en dirección —a través de España— al campo aliado. La Gestapo y las tropas de la Aduana alemana intentan luchar contra estas actividades, persiguiendo y deteniendo a los protagonistas y sospechosos, entre los que encontramos al obispo Múgica y al Dr. Ciaurriz, de sobra conocidos. Al igual que ocurre en otros lugares de la frontera, son vascos peninsulares —por libre o formando parte de las redes de información o de evasión aliadas— los principales protagonistas de este peligroso trabajo. En este sentido diremos que se describen detenidamente las actividades del guipuzcoano Rufino Jáuregui, dedicado a estos menesteres. Desgraciadamente, creemos, no se hace hincapié, ni siquiera simple mención, de la complicidad y lazos que existen entre los vascos de ambas vertientes, movidos a menudo por su filiación política, nacionalista o antifranquista. No nos extenderemos más —por falta de espacio— sobre este libro. Sólo nos vemos obligados a señalar que si la contribución de los eruditos locales puede ser —bien encauzada— positiva, como es, globalmente, el caso analizado, puede llevar también, en ocasiones, a errores de bulto. Así, cuando —página 124— al referirse a las actividades de Resistencia del mencionado Rufino Jáuregui, escribe que una hija de Gil Robles entró en contacto con él y, a continuación, explica: “Gil Robles era un refugiado vasco-español que habitaba en Briscous, no lejos de Urt. Antiguo Diputado en el Parlamento español, tenía relaciones con ciertos medios políticos franceses. Entre ellos, Georges Bidault, que llegaría a ser presidente del Consejo Nacional de la Resistencia, tras la detención y ejecución de Jean Moulin”. Como el nombre se repite varias veces, es lógico suponer que no se trata de un error de imprenta, sino de un desconocimiento grave de la historia vasca o española, como se prefiera. Sobra decir que el Sr. Gil Robles poco tuvo que ver con actividades de resistencia al fascismo, lo que sí ocurrió en el caso del “solidario” Manu Robles Aranguiz, domiciliado efectivamente en Briscous, cuya biografía, en este y en otros aspectos, es de sobra conocida y que es, sin duda, a quien quiere referirse el autor.

De 1987 data la publicación del libro de Emilienne Eychenne: *Les Fougères de la liberté. 1939-1945. Le franchissement clandestin de la frontière espagnole dans les Pyrénées-Atlantiques pendant la Seconde Guerre Mondiale* (Milan editeur. Toulouse). El título del libro es suficiente para centrarnos en el tema del que la autora es especialista ya desde su tesis doctoral sostenida en la Universidad de Toulouse-Le Mirail en 1978. Con éste son cinco los libros dedicados

al paso clandestino de los Pirineos, en sus diferentes zonas, durante la Segunda Guerra Mundial. En sus casi 400 páginas —ilustradas con abundantes fotografías, planos y documentos— la autora estudia tras un análisis del entorno geográfico de la frontera del País Vasco y del Béarn, los diferentes elementos que entran en juego en el paso clandestino de la frontera durante la ocupación nazi. En primer lugar la organización y extensión de las tropas alemanas destinadas a la frontera, incluidos los diferentes organismos especializados en la represión, y las tareas desarrolladas por éstos para tratar de hacer impermeable la muga vasca. Como es lógico en este caso, el libro está centrado en la figura del *passieur*, de sus distintas modalidades, motivaciones políticas o económicas, mecanismos de las redes de paso, descripción de los principales itinerarios y estudio de las redes ‘más importantes dedicadas a la información y Resistencia o especializadas en el paso de fugitivos, cuyo origen está, la mayor parte de las veces, muy alejado del País Vasco. No podía faltar en este sentido una referencia al “Réseau Comète”, red belga especializada en la evacuación de aviadores aliados derribados en territorio enemigo que cuenta con 800 evadidos en su corta historia y para la que trabajaron unas 1.500 personas, entre ellas vascos de ambas vertientes pirenaicas como Katalin Aguirre que constituye, en Ciboure, uno de los últimos escalones de la red, antes del paso del Bidasoa que lleva a cabo, con indudable éxito durante años, el hernaniarra Florentino Goicoechea. Este —que deposita su “mercancía” en San Sebastián de donde el donostiarra Aracama (y no *Aramaca*, como escribe la autora, página 115) la conduce al consulado británico de Bilbao, lugar en el que los aviadores aliados pueden ya considerarse a salvo. Un estudio cualitativo y cuantitativo de los evadidos, abre paso a la segunda parte del libro donde se trata con detenimiento y numerosos ejemplos —al igual que en las páginas precedentes— de la suerte corrida por los que logran pasar, después de muchas dificultades, la frontera, para toparse de cara con la guardia civil que les está esperando y darse cuenta que los verdaderos problemas no han hecho más que empezar. Al final lograrán su objetivo pero no podrán librarse de una estancia, mas o menos larga, pero siempre penosa, en el campo de concentración de Miranda de Ebro. Otros deberán pasar antes por la cárcel de Pamplona, cuya vida se describe en torno a estos años cuarenta, mientras que aquéllos a los que la suerte les sonrío, son detenidos y recluidos temporalmente en el Hotel del Balneario de Betelu o en el de Urberuaga. Unos interesantes cuadros referentes a evasiones, acompañados de una detallada cartografía, listas, etc. cierran este libro seriamente documentado, no sólo en los archivos departamentales, en los de Bayona y en los de los *Anciens Combattants*, sino en abundantes testimonios orales de los protagonistas, prensa de la época y una detallada bibliografía.

Para terminar citaremos a Francis Sallaberry, ingeniero bayonés, autor de *Quand Hitler bétonnait la côte basque*, Jean Curutchet Editeur-Harriet), publicado en la capital de Laburdi en 1988. El objeto de este libro es, según señala su propio autor, trazar la historia de las tropas alemanas de Tierra, Mar y Aire que ocuparon la costa vasca de 1940 a 1944 y describir —como puede deducirse por el título— las fortificaciones que fueron construidas al borde del Océano Atlántico en unos 30 kms. de extensión —así como el armamento instalado en estas fortificaciones— formando parte del famoso “Muro del Atlántico” que a partir de agosto de 1942 se extendió desde Noruega hasta Hendaya en un

vano intento de impedir el desembarco aliado. Comienza con una introducción general y cronológica a las distintas fases de la ocupación donde se reseñan los principales hechos acaecidos durante la misma, se describe el desarrollo de las diferentes instalaciones militares, paso de tropas, hechos de Resistencia —sin olvidar el lamentable bombardeo aliado sobre Biarritz que hizo 90 muertos civiles en esta villa y 33 en Anglet— hasta la huida de los nazis, buscando escapar al cerco, hostigados de cerca por la Resistencia, tras los desembarcos aliados en Normandíe y Provençe. Varios capítulos estudian detalladamente la composición de los diferentes cuerpos y armas que estacionaron en el País Vasco durante la ocupación. La *Heer* o Ejército de Tierra, constituido en su mayor parte por tropas de paso, en período de descanso o de reconstitución —como ya se ha dicho— del que se indica su historia hasta su aniquilamiento o disolución. La *Luftwaffe* o Aviación Militar que se instala en el aeródromo de Parma, en Biarritz, siendo utilizado fundamentalmente como escuela de pilotos hasta su destrucción en el ya mencionado bombardeo aliado de 1944. Sin olvidar en este aspecto, la fábrica Breguet de Anglet donde se construye el gigantesco Blohm y Voss y las alas de los Focke Wulf 189. La *Kriegsmarine* ocupa, como es lógico en un país costero, un lugar importante, no por el tonelaje de sus buques, sino por los servicios, tropas, baterías, base de hidroaviones y flotillas que llegan desde otros lugares de la costa, de la zona Burdeos-Royan-La Pallice.

El resto del libro está centrado —como su título deja adivinar— en la construcción del “Muro del Atlántico” que, siguiendo las directivas de Hitler, se ocupó de llevar a cabo la poderosa organización Todt. Los diferentes tipos de construcciones militares, su finalidad y emplazamiento, armamento, servicios, así como la movilización de mano de obra forzada, reclutada para tal efecto, son analizados y descritos con minuciosidad por el autor que pasa revista detenidamente a toda la costa vasca para cerrar el libro con un capítulo sobre el estado actual de todas estas fortificaciones edificadas para mayor gloria del Reich que debía durar 1.000 años y que, desgraciadamente, en su corta existencia, produjo en el País Vasco vecino, 197 fusilados o muertos en combate, 223 víctimas civiles, 274 internados y 1.446 deportados de los que sólo volvieron 832 a su país natal.

Conviene subrayar, para terminar, el interés que presentan las numerosas fotografías incluidas a lo largo del libro —en su mayoría inéditas— que apoyan e ilustran convenientemente el texto que, como puede verse en el apartado de fuentes, es fruto de una minuciosa investigación en archivos, bibliotecas y Centros de Documentación.

Juan Carlos Jiménez de Aberasturi